

TECNOLOGÍA Y DEMOCRACIA

“Lo único constante es el cambio” —decía el filósofo griego Heráclito hace más de 2500 años. Aunque el tiempo haya pasado, sus palabras nunca han sido tan acertadas como hoy.



UN PROYECTO DE:



CESCOS
Center for the Study of
Contemporary Open Societies

CON EL APOYO DE:



**FRIEDRICH NAUMANN
FOUNDATION** For Freedom.

Compartimos una pasión por **promover y preservar la libertad en todas sus formas**. Nuestra organización se esfuerza por proteger este principio vital a través de diversas iniciativas y programas. Desde la **defensa de los derechos humanos** hasta la **promoción de la democracia**, trabajamos incansablemente para garantizar que cada individuo tenga la oportunidad de vivir una vida **libre de opresión y restricciones injustas**.

Para cumplir con nuestra misión, los invitamos a **unirse a nosotros** y apoyar nuestra organización mediante una **donación**. Con su contribución, podremos continuar nuestro importante trabajo y marcar una diferencia significativa en la **lucha por la libertad**.



DEFENDAMOS LA LIBERTAD



CESCOS
Center for the Study of
Contemporary Open Societies

DISINFO XTALKS

PRESENTACIÓN

EN ESTE PODCAST, NOS SUMERGIMOS
EN EL COMPLEJO ENTRAMADO DE DESAFÍOS
QUE PLANTEA LA DESINFORMACIÓN
EN EL CONTEXTO DE LAS ELECCIONES.



Recomendación



INTRODUCCIÓN

“Lo único constante es el cambio” —decía el filósofo griego Heráclito hace más de 2500 años. Aunque el tiempo haya pasado, sus palabras nunca han sido tan acertadas como hoy. La tecnología avanza a una velocidad tan rápida que ahora vivimos más de una revolución tecnológica a lo largo de nuestras vidas. Lo que antes nos sorprendía como una innovación de proporciones históricas, hoy se convierte rápidamente en una herramienta cotidiana. Solo basta pensar que, hace unas décadas, la idea de llevar un teléfono móvil en el bolsillo era algo sacado de una película de ciencia ficción. Sin embargo, el primer celular de venta al público, el Motorola DynaTAC, apareció en 1973. Apenas 50 años después de esa hazaña, la transformación ha sido radical: los smartphones son ahora una extensión de nosotros mismos, las redes sociales se han integrado a nuestras rutinas diarias, la realidad virtual nos permite sumergirnos en mundos alternativos, y la inteligencia artificial comienza a moldear casi todos los aspectos de nuestra vida.

Este ritmo acelerado de avances tecnológicos ha transformado por completo nuestra realidad, llevando a la sociedad a un proceso de constante reinención. Lo que ayer parecía una fantasía, hoy es una realidad y diríamos que una necesidad cotidiana para muchos. Y aunque esta evolución tecnológica ha traído consigo



TECNOLOGIA Y DEMOCRACIA

CESCOS.ORG

nuevas oportunidades, también abre preguntas importantes sobre el poder, el control y el camino que estamos eligiendo como sociedad.

En este sentido, la premisa de este newsletter es que la tecnología, en sí misma, es neutra; su impacto, sin embargo, depende del contexto político en el que se inserta. En las democracias sólidas, el avance tecnológico tiende a fortalecer la sociedad civil más que al poder estatal. La tecnología se convierte en una herramienta que empodera a los ciudadanos, mejora la transparencia y fomenta una participación más activa. Las democracias suelen tener mecanismos legales que limitan el uso del poder estatal: por ejemplo, el gobierno no puede utilizar el reconocimiento facial o la vigilancia masiva sin la autorización de un juez, garantizando así ciertos límites al poder. Es un equilibrio en el que, aunque el Estado también usa la tecnología, lo hace dentro de un marco de supervisión y con el fin de fortalecer la calidad democrática.

Por otro lado, en los regímenes autoritarios la tecnología tiene un efecto contrario. Aunque los ciudadanos pueden utilizarla para movilizarse, comunicarse y compartir información con el mundo exterior, en última instancia son los gobiernos los que más se

benefician de las herramientas tecnológicas. En estos sistemas, la tecnología no se utiliza para abrir espacios de libertad, sino para concentrar aún más el poder. Los gobiernos autoritarios emplean las innovaciones digitales para controlar la información, vigilar a la población y sofocar cualquier forma de oposición. Aquí, la tecnología refuerza el aparato estatal más que a la sociedad civil.

Es en este contexto que entran en juego países como China, donde los avances tecnológicos se emplean de manera estratégica para consolidar el control estatal y garantizar la supervivencia del régimen. En este artículo, analizaremos cómo China ha perfeccionado el uso de la tecnología —especialmente las redes sociales, los sistemas de vigilancia y la desinformación— como herramientas clave para mantenerse en el poder. Veremos cómo este régimen utiliza las tecnologías no solo para controlar el flujo de información y vigilar a sus ciudadanos, sino también para reforzar su control sobre la sociedad. Además, exploraremos cómo ha exportado este modelo autoritario a otros países, incluidos algunos en América Latina, donde gobiernos como el de Venezuela han adoptado prácticas similares de censura digital y manipulación informativa.



LA TECNOLOGÍA: UN ARMA DE DOBLE FILO

Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación son un arma de doble filo en los regímenes autoritarios. Por un lado, estas tecnologías mejoran la vida al facilitar el acceso a la información, exponer situaciones a la comunidad internacional y promover la organización de movimientos sociales que defienden los derechos humanos y las libertades fundamentales. Sin embargo, cuando caen en manos de gobiernos autoritarios, pueden transformarse en poderosas herramientas de represión y control.

En los regímenes autoritarios, el gobierno es el principal actor que utiliza las nuevas tecnologías para consolidar su poder y restringir la libertad. Herramientas como la vigilancia masiva, el reconocimiento facial, la inteligencia artificial y el monitoreo de redes sociales no solo se emplean para vigilar a la población y censurar información, sino también para controlar la narrativa y crear una nueva realidad. A través de la manipulación de los medios y la difusión de desinformación, estos regímenes moldean la percepción pública, tanto a nivel nacional como internacional, alterando hechos y creando divisiones. Este tipo de control digital permite a los gobiernos autoritarios restringir la libertad de expresión, reprimir cualquier forma de disidencia y manipular la opinión pública a su favor. El concepto de

“autoritarismo digital” describe precisamente cómo estos gobiernos usan la tecnología no solo para vigilar y reprimir, sino para suprimir la oposición política y reforzar el control social, creando un ambiente donde la verdad es constantemente distorsionada y la disidencia queda silenciada.

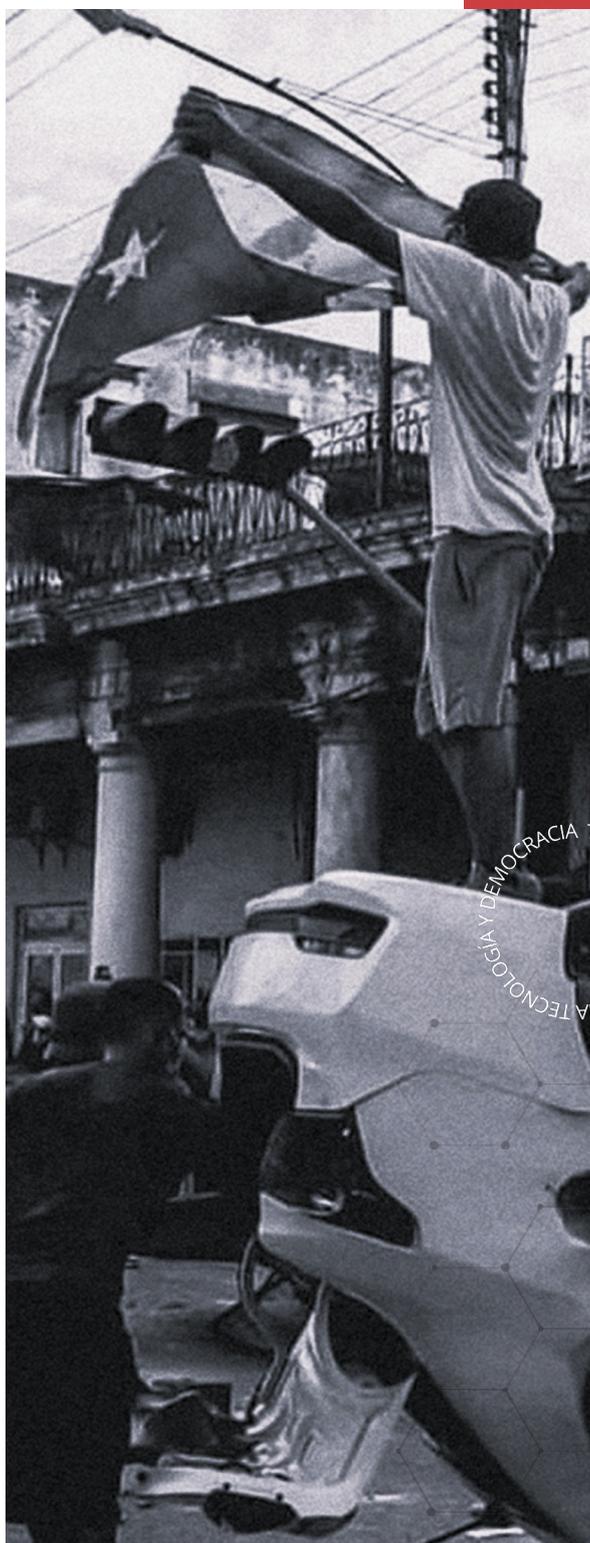
Por otro lado, las mismas tecnologías que los gobiernos autoritarios emplean para controlar, también se han convertido en herramientas poderosas para la sociedad civil. Las tecnologías de la información y la comunicación, como las redes sociales y las plataformas de mensajería instantánea, han facilitado el acceso a la información, ayudado a organizar protestas y amplificado las voces de activistas de todo el mundo. Estas herramientas han jugado un papel clave en la defensa de los derechos humanos y en la organización de movimientos sociales.

Un ejemplo emblemático de este poder transformador de las nuevas tecnologías fue la Primavera Árabe (2010-2012), a menudo conocida como “la primera revolución de Facebook”. Las redes sociales y los teléfonos móviles fueron fundamentales para movilizar a miles de personas en Túnez, Egipto y otros países árabes, permitiendo a los activistas coordinar protestas, exponer las violaciones de derechos humanos

y movilizar la opinión pública internacional. Gracias a estas plataformas, los manifestantes pudieron compartir imágenes y videos en tiempo real, lo que permitió que las dictaduras que controlaban estos países fueran expuestas y desafiadas, y en muchos casos, derrocadas.

Más recientemente, las protestas del 11 de julio de 2021 en Cuba también pusieron de manifiesto el poder de las redes sociales como herramientas de resistencia. Cuando miles de cubanos salieron a las calles exigiendo libertad y mejores condiciones de vida, las redes sociales se convirtieron en el principal medio para organizarse. De hecho, el movimiento comenzó en un grupo de Facebook llamado "La Villa del Humor", donde los cubanos comenzaron a coordinar las protestas. Además, utilizaron estas plataformas para difundir información sobre la situación del país, compartiendo fotos, videos y transmisiones en vivo. Gracias a esta cobertura digital, los manifestantes lograron que el mundo supiera lo que realmente ocurría en la isla.

Sin embargo, el poder de las nuevas tecnologías para empoderar a la sociedad civil ha provocado que los regímenes autoritarios también busquen maneras de neutralizar esta forma de resistencia digital. A medida que las redes sociales y las plataformas digitales se convertían en espacios de lucha por la libertad, gobiernos como el de China intensificaban el uso de tecnologías de control digital para sofocar las voces disidentes.





CHINA

China ha construido un sofisticado sistema de control digital que le permite ejercer una vigilancia masiva y una represión sin precedentes, utilizando herramientas tecnológicas de última generación. Este modelo de autoritarismo digital no solo se basa en la recolección masiva de datos, sino también en una serie de medidas legislativas y tecnológicas que permiten al Partido Comunista Chino (PCC) mantener un control absoluto sobre la sociedad.

Una de las estrategias más destacadas de China es el “Plan Made in China 2025”, una iniciativa lanzada en 2015 que busca convertir al país en una potencia tecnológica global. A través de este plan, China promueve la autosuficiencia tecnológica, reduciendo su dependencia de tecnología extranjera. A la par, el gobierno ha implementado políticas de tecno nacionalismo, protegiendo a sus empresas tecnológicas nacionales al bloquear la entrada de gigantes como Google, Facebook o YouTube. En su lugar, empresas como Baidu, Tencent, Alibaba y WeChat dominan el mercado chino, siendo herramientas claves en el aparato de control estatal. Estas empresas están obligadas por ley a colaborar con el gobierno en tareas de seguridad nacional, proporcionando acceso a grandes cantidades de datos personales, lo que refuerza la vigilancia estatal.

El Gran Cortafuegos (o Great Firewall) es otro componente fundamental de este sistema de control. Desde su implementación en 2008, este sistema de censura bloquea el acceso a miles de sitios web extranjeros, como Twitter o el New York Times, y filtra contenido considerado subversivo o peligroso para el régimen. Además, el gobierno puede interceptar y redirigir consultas en línea, lo que impide a los ciudadanos acceder a información que desafíe la narrativa oficial. Este sistema ha logrado construir un ciberespacio cerrado, separado del resto del mundo, donde sólo circula información que se ajusta a los intereses del PCC.

Otro aspecto clave del control digital en China es el sistema de crédito social, una herramienta que califica el comportamiento de los ciudadanos en base a sus acciones tanto en el mundo físico como en el digital. Utilizando datos provenientes de una amplia variedad de fuentes — como rendimiento académico, involucramiento en actos pro-democráticos, registros de compras, comportamiento en redes sociales, interacciones en plataformas de mensajería, e incluso el historial de comportamiento en el tráfico o en el lugar de trabajo— el gobierno asigna a cada ciudadano un puntaje, que varía según su grado de “fiabilidad” social.

Las consecuencias de tener un bajo puntaje son significativas y pueden incluir restricciones a la movilidad, como la prohibición de viajar al extranjero. Por ejemplo, en 2018 el gobierno canceló 23 millones de viajes debido a la falta de crédito social de los ciudadanos implicados. También es posible que aquellos con un puntaje bajo no obtengan préstamos bancarios, o incluso que pierdan el acceso a ciertos empleos o servicios. En algunos casos, las autoridades publican la información de las personas con puntajes bajos en lugares públicos como pantallas LED en centros comerciales, lo que actúa como una forma de deshonra pública y presión social para corregir comportamientos no deseados. Este sistema busca fomentar la conformidad social, creando un ambiente de constante vigilancia donde los ciudadanos se autocontrolan, conscientes de que sus acciones pueden ser evaluadas y penalizadas en cualquier momento.

La supervigilancia es otro pilar del autoritarismo digital chino. Con más de 600 millones de cámaras instaladas en espacios públicos, China es el país con la mayor densidad de cámaras por habitante. Estas cámaras no solo capturan imágenes, sino que

también emplean tecnologías de reconocimiento facial e inteligencia artificial para identificar a las personas, incluso sin datos previos sobre su identidad. Los ciudadanos pueden ser identificados por su etnia, género y otros rasgos, y sus infracciones, como cruzar la calle indebidamente, pueden ser registradas y penalizadas al instante. Las cámaras también están conectadas a bases de datos que permiten la identificación rápida de individuos, lo que refuerza el control social. La prevención del mal comportamiento es uno de los objetivos principales de este sistema de vigilancia masiva, que se complementa con una red de monitoreo en línea para vigilar lo que los ciudadanos publican o buscan en internet.

Así, China ha logrado construir un ecosistema tecnológico que no solo controla el flujo de información, sino que también interviene directamente en la vida cotidiana de sus ciudadanos, castigando y premiando comportamientos de acuerdo con los intereses del Partido. Este enfoque ha permitido a Beijing consolidar su poder, utilizando la tecnología no solo como herramienta de desarrollo económico, sino también como un mecanismo de control social y político.

¿QUÉ SUCEDE CON AMÉRICA LATINA?

El impacto de las nuevas tecnologías en los regímenes autoritarios no se limita solo a la forma en que los gobiernos controlan a sus propios ciudadanos, sino que también tienen un alcance geopolítico. En un mundo cada vez más globalizado, las potencias autoritarias como China han reconocido el potencial de estas herramientas digitales no sólo para consolidar su poder interno, sino también para exportar sus modelos autoritarios y afectar el panorama político en otras regiones, especialmente en América Latina. A través de la venta de tecnologías de vigilancia mediante licitaciones públicas, el acceso de exportadores a su mercado, la promoción de narrativas ideológicas y, cada vez más, mediante la desinformación, estos países están buscando ampliar su influencia en una región históricamente importante para sus intereses estratégicos.

El modelo implementado por China para monitorear, controlar y reprimir a la población mediante la tecnología está siendo exportado a otros países, especialmente en África y América Latina. Este fenómeno no solo se limita a la venta de tecnología de vigilancia, sino que también involucra la adopción de prácticas autoritarias que buscan asegurar el control político y social. En América Latina, países como Venezuela, Ecuador y Bolivia han comenzado a implementar sistemas inspirados en el modelo chino, adaptándolos a sus realidades políticas.

Un claro ejemplo es el Carnet de la Patria en Venezuela, lanzado en 2016 bajo el gobierno de Nicolás Maduro. Este sistema, implementado con la ayuda de China, se basa en una tarjeta con un código QR que recopila una enorme cantidad de datos personales de los ciudadanos, desde su estado socioeconómico hasta sus afiliaciones políticas. Más de 21 millones de venezolanos están inscritos, y el carnet se utiliza para controlar el acceso a subsidios, alimentos y otros beneficios gubernamentales. Además, el sistema sirve como una herramienta de presión política, donde el gobierno puede chantajear a los votantes y utilizarlos como medio para asegurar lealtades en procesos electorales.

En Ecuador, el gobierno también adoptó un sistema de vigilancia inspirado en el modelo chino. En 2011, el país implementó un sistema de cámaras de seguridad ECU-911 que fue diseñado por la empresa estatal china CEIEC y Huawei. Si bien el objetivo inicial era reducir la delincuencia, el sistema también ha sido utilizado para monitorear a opositores políticos, especialmente durante el gobierno de Rafael Correa. A pesar de los esfuerzos por desvincularse de las prácticas autoritarias, este sistema sigue funcionando en el presente, con la posibilidad de integrar tecnologías como el reconocimiento facial en el futuro.



En Bolivia, el gobierno de Evo Morales inauguró en 2019 el sistema BOL-110, una infraestructura de vigilancia integrada con tecnología china, diseñada para combatir la delincuencia. Aunque el sistema tiene un propósito de seguridad, también se sabe que el gobierno de Morales utilizó esta tecnología para reforzar su control político, especialmente en contextos electorales y de movilizaciones sociales.

Sin embargo, más allá de la exportación de tecnologías de control, China ha adoptado la desinformación como una herramienta estratégica para proyectar su poder en América Latina. Estas potencias no solo buscan influir dentro de sus propias fronteras, sino que también crean campañas de desinformación dirigidas a otros países con el fin de debilitar democracias, sembrar confusión, generar desconfianza en las instituciones democráticas, exacerbar la polarización social y fomentar un ambiente de inestabilidad política que favorezca la expansión de su influencia. A través de la manipulación de la información y la difusión de narrativas falsas, logran interferir en los asuntos internos de otros países sin recurrir al uso directo de la fuerza, promoviendo la elección de gobiernos y líderes que favorezcan sus intereses

autoritarios. De esta manera, se socavan las democracias de forma sutil pero muy efectiva, especialmente en una región como América Latina, donde las instituciones democráticas siguen enfrentando retos significativos.

Concretamente, en los últimos años China ha intensificado sus esfuerzos de desinformación en América Latina, utilizando tácticas y medios similares para promover sus agendas y debilitar la influencia de Estados Unidos en la región. Su enfoque estratégico incluye la manipulación de narrativas, el aprovechamiento de alianzas locales y la utilización de plataformas digitales para difundir mensajes que favorecen sus intereses.

China ha desarrollado una estrategia de desinformación en América Latina con el objetivo de fortalecer su imagen y minimizar las críticas hacia su régimen autoritario. Esta estrategia combina métodos tradicionales de propaganda con el uso de tecnologías digitales, medios de comunicación y programas de intercambio, buscando proyectar una narrativa favorable que respalde sus intereses geopolíticos y económicos en la región.



Uno de los elementos clave de esta estrategia es el programa de intercambio de periodistas, a través del cual el gobierno invita a periodistas latinoamericanos a visitar China y experimentar una versión controlada de la realidad en el país. Además de viajes guiados y visitas oficiales, el programa incluye becas para estudios allí, donde los periodistas pueden aprender el idioma y formarse profesionalmente, con el objetivo de convertirlos en defensores del modelo. Esto contribuye a crear una red de aliados dentro de los medios de comunicación latinoamericanos que ayudan a difundir una visión más favorable de China.

El CGTN en español (China Global Television Network) es otro pilar de la estrategia de propaganda del régimen en la región. A través de este canal de televisión, Beijing busca posicionarse como una nación moderna, pacífica y próspera, mientras se opone a las críticas internacionales hacia su régimen. CGTN transmite noticias, reportajes y análisis sesgados que destacan los logros económicos de China y su política exterior.

A la par de estos esfuerzos, el régimen utiliza las redes sociales para amplificar sus mensajes, empleando bots, trolls y cuentas falsas para generar apoyo en torno a temas clave de su política interna y exterior. Estas cuentas automatizadas interactúan con usuarios locales en plataformas como Twitter, Facebook y YouTube, promoviendo contenido que favorece sus intereses y distorsionando la percepción pública. Por ejemplo, cuando China es criticada por su brutal trato a las minorías en Tíbet y Xinjiang, se despliegan campañas masivas en redes sociales que buscan desacreditar a las organizaciones de derechos humanos

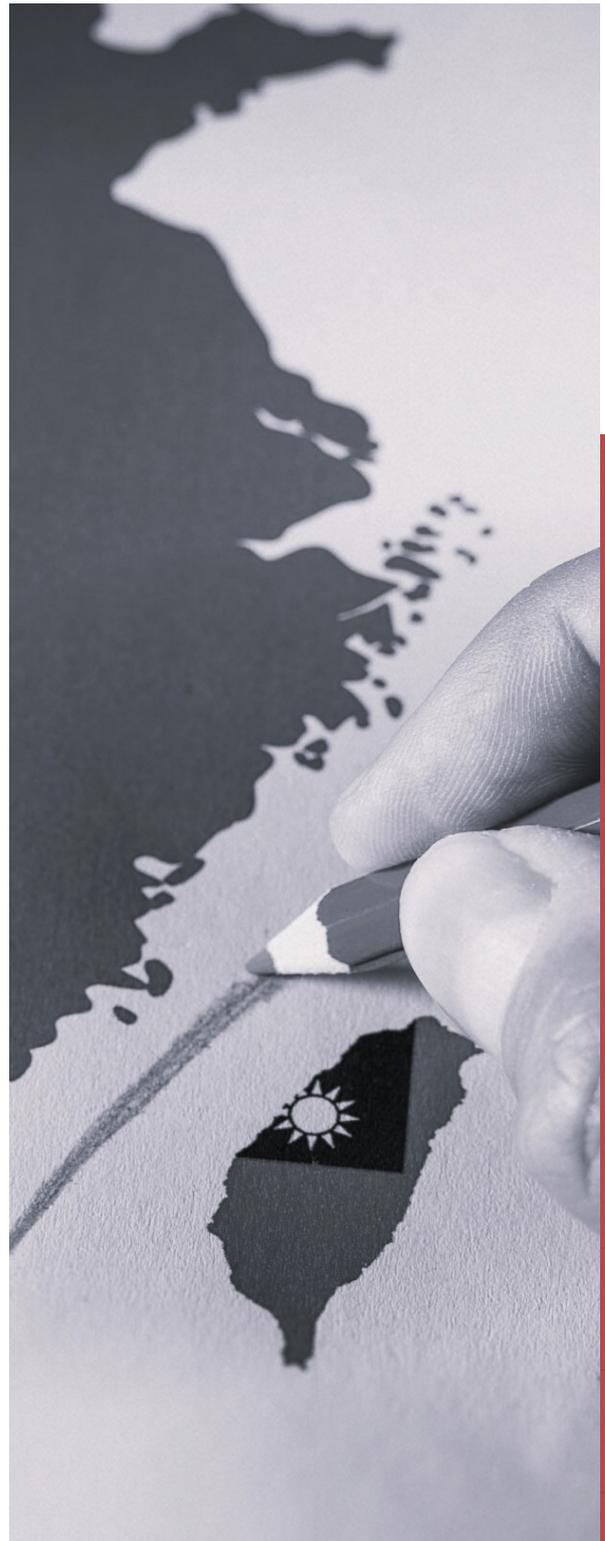
y desviar la atención hacia los logros del gobierno chino.

A su vez, China también utiliza las redes sociales para consolidarse como un socio económico indispensable para América Latina, promoviendo narrativas sobre la cooperación en infraestructura, préstamos chinos y el desarrollo económico derivado de la alianza con Beijing. A través de cuentas falsas y bots, estas narrativas son amplificadas, ayudando a crear una imagen positiva de China en la región y posicionándose como una alternativa atractiva frente a otros actores globales, especialmente frente a los Estados Unidos.

Finalmente, es menester destacar que China, además de esparcir sus propuestas autoritarias mediante el relato del “desarrollo compartido” y el “libre comercio” en América Latina, también lo hace mediante operaciones institucionalizadas de propaganda política en Asia oriental. El más claro ejemplo de ello es Taiwán. El departamento de propaganda del Frente Unido (United Front), en conjunto con el PLA (Ejército de Liberación Nacional) y con grupos de inversión vinculados al Partido Comunista (PCC), se encargan de realizar este tipo de operaciones híbridas, mediante operaciones de hacking, relaciones comerciales e ingeniería social durante momentos críticos de los distintos gobiernos que Taiwán renueva democráticamente cada cuatro años. Frecuentemente, y próximo a las elecciones presidenciales, las personas viviendo en Taipei se suelen encontrar con que los sistemas de televisión de las líneas locales de metro son hackeados con fuertes mensajes pro-unificación y en contra del Partido Democrático Popular (DPP).

También ha sido posible observar que ciertas figuras populares taiwanesas del mundo del entretenimiento fueron invitadas a realizar recitales y a grabar series o películas en China, pasando a hacer apología al PCC y a la unificación en redes como Weibo y blogs como XiaoHongShu (小紅書 “el pequeño libro rojo”).

Este tipo de actos con contenido político son repudiados por la gran mayoría de los taiwaneses. Muchos de quienes residen en su país natal están muy acostumbrados a enfrentar la propaganda política china y la desinformación de trolls en su día a día, mezclando la situación regional con especificidades del contexto local. Sin embargo, la gente joven es un público objetivo importante de las campañas de propaganda política, ya que será la que definirá el futuro del país. Es una preocupación latente, sobre todo en el entorno educativo y que se visibiliza de maneras tan específicas como el idioma y las propias expresiones que los niños y los jóvenes transmiten. Los jóvenes también consumen cada vez más contenido de plataformas de video chinas al estilo Bilibili (el equivalente a YouTube), y videojuegos online, lo que también lleva a una mayor penetración de una mirada de que “China no es tan mala como pensábamos”. Ello es algo que tiene un fuerte impacto en la cultura democrática en Taiwán, y que no siempre se visibiliza de manera profunda cuando se trata de indagar cómo la desinformación busca corroer los valores democráticos en regiones no tan lejanas a las nuestras.



CONSIDERACIONES FINALES

El uso de la tecnología en regímenes autoritarios resalta el potencial de las herramientas digitales para consolidar el control estatal a través de la vigilancia masiva, la censura y la manipulación de la información. Mientras que en las democracias las tecnologías pueden fomentar la participación y la transparencia, en los regímenes autoritarios sirven como instrumentos de represión y control social. El modelo chino, que combina la recolección masiva de datos, sistemas de crédito social y vigilancia avanzada, ofrece una visión sombría de cómo la tecnología puede ser utilizada para limitar las libertades individuales y suprimir cualquier forma de disidencia. Este enfoque no se limita a China, sino que se exporta a otros países, especialmente en América Latina, donde gobiernos como los de Cuba, Venezuela y Bolivia adoptan estrategias similares de control digital.

A medida que la tecnología sigue avanzando, se vuelve más urgente la necesidad de establecer mecanismos que garanticen su uso responsable y respetuoso con los derechos humanos. Si bien las tecnologías pueden ofrecer oportunidades de desarrollo y progreso, su poder también puede ser fácilmente mal utilizado para fines autoritarios. El desafío global será encontrar un equilibrio en el que las innovaciones tecnológicas se utilicen para fortalecer las democracias y no para erosionarlas.



TECNOLOGÍA Y DEMOCRACIA
TECNOLOGÍA Y DEMOCRACIA



CESCOS.ORG

¿Te gustaría recibir el Newsletter en tu correo electrónico?

¡SUSCRIBITE ACÁ!

Muchas gracias por llegar hasta aquí. ¿Qué te pareció Te invitamos a que nos escribas o comentas en nuestras redes sociales

centercescos@gmail.com



CESCOS
Center for the Study of
Contemporary Open Societies

Toca los nombres para acceder a sus redes*

EDICIÓN Y COORDINACIÓN

Pedro Isern – Director Ejecutivo

Rodrigo Iberra – Director de Comunicación y Diseño

Natalia Olivencia – Directora de Fundraising

Rodrigo Turren – Fellow

DISEÑO Y MAQUETADO

Rodrigo Iberra – Director de Comunicación y Diseño

Clic para acceder a las redes de CESCOS*



PÁGINA WEB



YOUTUBE



TWITTER



INSTAGRAM



FACEBOOK



LINKEDIN

UN PROYECTO DE:



CESCOS
Center for the Study of
Contemporary Open Societies

CON EL APOYO DE:



**FRIEDRICH NAUMANN
FOUNDATION** *For Freedom.*